

VERSIONES Y SUBVERSIONES DE LA MASCULINIDAD EN LA CULTURA DOMINICANA

E. Antonio de Moya, MA, MPH.*

Instituto de Sexualidad Humana, Universidad Autónoma de Santo Domingo, R.D.

RESUMEN

El autor pretende mostrar cómo la identidad masculina es parte importante de la “problemática de legitimación” en República Dominicana. Además, explorar los significados de la virilidad en las relaciones sociales y conocer las “identidades” masculinas múltiples. Emplea la recolección y clasificación de nombres o “etiquetas” para analizar los tipos de masculinidad. Utiliza técnicas de estudio documental sobre el vocabulario dominicano, recuerdos autobiográficos validados en discusiones grupales, conversaciones informales en el transporte público y observación participante en reuniones sociales. Se discute los resultados en cuanto a la masculinidad como una noción totalitaria que produce intrincados juegos de poder entre los hombres dominicanos. El estudio concluye demostrando que en la cultura dominicana las identidades masculinas son frágiles, ya que dependen tanto de la conducta del varón individual como de la de los demás hacia él y “su/s” mujer/es. Las amenazas simbólicas de emasculación recíproca son un juego de poder recursivo y generalizado. Aunque la masculinidad continúa siendo hegemónica, los discursos que tradicionalmente la han validado están en crisis. No obstante, la polaridad masculino-femenino parece ser paradójicamente resistente a la disolución.

Si siguiendo los razonamientos de Habermas (1976), este trabajo trata de mostrar cómo la identidad masculina es una parte importante de la “problemática de legitimación” para la vida política y social en la República Dominicana, abriendo o cerrando oportunidades para las realizaciones personales de los hombres. De acuerdo a Krohn-Hansen (1996), el intento de establecer diferencias entre sí como hombres, ayuda a producir lo que es pensable políticamente y un conjunto particular de relaciones de poder.

La masculinidad, postulo, es una noción totalitaria que produce intrincadas estrategias o juegos de poder para que los hombres se opriman y prevengan ser oprimidos entre sí. Cada relación diádica entre hombres parece estar “generizada” (Kaufman, 1997) u ordenada en rangos por las características y la conducta de los actores, es decir, establece quién es más hombre que quién, y quién ejercerá el rol dominante y el dominado. El resultado, por supuesto, es una multiplicidad de identidades situacionales masculinas desplegadas por cada hombre (“multiple selves,” en términos de Ernesto Laclau, 1993).

En la década pasada surgieron dos importantes ejemplos de conducta social relacionada con la fluidez de la masculinidad: el auge de la canción El Venao, calificado como el “merengue que mata” (Caroit, 1996) y la celebración de “fiestas de cuernos” en varias comunidades de nuestros países. En ambos eventos, la reputación de hombres ha sido cuestionada y destruida fácilmente por la acusación de ser víctimas de adulterio, lo cual es, para los hombres, equivalente a convertirse en una mujer, una señal de “degeneración.” Las amenazas simbólicas de emasculación recíproca, probablemente como mecanismo de defensa contra la ansiedad, es un juego de poder recursivo, generalizado y mortal en este país.

Desde una edad temprana, los varones son llevados a estar auto-conscientes de su conducta verbal y no-verbal que puede hacer que otros sospechen que ellos no son “hombres verdaderos.” Esta conciencia, que puede hacerse casi paranoide hacia la adolescencia para varones que no cumplen las normas, es producto de un proceso continuo de “generización” exigente y totalitaria, orientada hacia la construcción de un varón

* Psicólogo social y epidemiólogo. Profesor del Postgrado y la Maestría de Sexualidad Humana en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Coordinador de investigaciones del Instituto de Sexualidad Humana (ISH) y asesor e investigador del Consejo Presidencial del SIDA (COPRESIDA). Tonydemoya@hotmail.com

hegemónico. Los padres temen fuertemente que sus hijos eventualmente se conviertan en homosexuales, y por ello, la madre tiende a conducirse como la guardiana de su sexualidad, probablemente para evitar cualquier cuestionamiento de la masculinidad del padre (De Moya & García, 1996).

En este proceso, tanto hombres como mujeres, jóvenes y viejos, parientes y extraños, probablemente bajo el liderazgo de la madre, se convierten en una especie de “policía de género” y conspiran para instilar la homofobia (Kimmel, 1993, 1997) en el niño que va madurando. Paradójicamente, esto puede disminuir el umbral de resistencia a la prohibida tentación fálica-homosexual. Los varones dominicanos son socializados en un ambiente fuertemente restrictivo y prohibitivo, que seguramente deteriora su espontaneidad, autenticidad, y alegría, produciendo mucha hipocresía y neurosis. Este temor irracional de convertirse en mujer, como he dicho, de “degenerarse,” ayuda a construir obligatoriamente -y desconstruir simultáneamente- la heterosexualidad exclusiva en el varón (ver Adrienne Rich, 1993).

Esta etiqueta es conocimiento obligado en por lo menos las últimas tres generaciones, y ha sido validado por decenas de madres como prácticas de crianza “normales” o “dadas por Dios” de varones. Algunos ejemplos son:

- Un niño no debe adoptar la posición supina con sus glúteos levantados en la cama, como si solicitara ser montado por otro varón (en el discurso popular, “pidiendo hijos”).
- Definitivamente no debe jugar con muñecas ni mostrar interés en actividades o “cuestiones de mujeres”.
- No debe poner las manos en su cintura, dejar caer sus manos, cruzar los dedos de ambas manos, mirar a sus uñas con la palma de la mano abierta apuntando hacia abajo, cruzar los brazos, o cruzar las piernas por debajo de las rodillas.
- No puede aprender a bailar ballet clásico o tocar piano o violín.
- No es bienvenido en la cocina del hogar (territorio hegemónico femenino) ni se le enseña cómo preparar siquiera comidas sencillas.

- No debe barrer o trapear el piso de la casa si hay mujeres disponibles.
- No debe sollozar ni llorar, aun cuando esté herido.
- No debe ser sofisticado o muy cortés al hablar, y debe usar comúnmente “malas palabras” “masculinas.”
- Debe aprender a escupir y orinar tan lejos como sea posible, a silbar a través de sus dedos, y jugar deportes rudos.
- Y alrededor de los 12 o 13 años, en la pubertad, debe mostrar un interés erótico vívido y visible hacia todas las mujeres a quienes se acerque, principalmente a niñas de su edad y a sus madres, cuando está con sus pares.

Una distinción necesaria para entender las masculinidades dominicanas y afrocaribeñas tiene que ver con lo que he llamado cultura de clase social-raza-etnia. Esta compleja interrelación define en términos amplios dos culturas opuestas aunque complementarias. La cultura de la casa es construida alrededor de conceptos de lo femenino, lo sagrado y lo respetable, y la cultura de la calle es construida sobre la base de lo masculino, lo profano, y la reputación (Wilson, 1969). La cultura de la casa descansa sobre la noción de hombría (por ejemplo, “paternidad responsable”) como forma de reproducir poder a través de la familia. Para esta cultura, la indigencia y la carencia de hogar constituyen la emasculación. El león, como rey de la selva, comehombre o comegente, es su símbolo. La cultura de la calle, por otro lado, está centrada en la noción de virilidad (es decir, potencia sexual). La infidelidad femenina y la impotencia masculina, entonces, representan la emasculación para esta cultura. El tiguere, astuto y rápido, es el icono de esta cultura, esperando su oportunidad para atacar (ver Damirón, 1948; Collado, 1992; Krohn-Hansen, 1996).

Siguiendo a Kaufman (1997), postulo también que existe una jerarquía de categorías, subcategorías y “etiquetas” o rótulos usadas por los dominicanos para comparar a los hombres. Estas etiquetas son perfectamente traducibles del Español a otros idiomas, lo que sugiere que este tipo de taxonomía no se restringe a unas cuantas realidades sociales geográficas e históricas. Ellas parecen existir, y probablemente son

relevantes dondequiera, aunque las premisas para ordenar en rangos a los hombres pueden ser muy variables. En este sentido, estas categorías son pensadas básicamente como una invitación para la investigación lingüística y etnográfica transcultural, especialmente en el Caribe.

MÉTODO

El presente estudio exploratorio es una recolección de nombres, “etiquetas,” o “rótulos” para denominar tipos de hombres en la cultura dominicana, y un primer intento de categorizar y recategorizar de manera inductiva cada una de ellas, para crear una taxonomía de masculinidades definidas en el país. Alrededor de una tercera parte de las etiquetas recogidas provienen de mi trabajo de campo personal sobre la masculinidad durante los tres últimos años, realizados como parte del trabajo de una Red Caribeña de investigadores puertorriqueños, jamaquinos, de Trinidad, brasileños, norteamericanos y dominicanos del área. Se realizaron múltiples sesiones de observación participativa en reuniones informales de hombres, y de hombres y mujeres, en lugares públicos y privados. También sostuve muchas conversaciones informales sobre este tópico en vehículos del transporte público (autobuses y carros públicos), y entrevisté a muchas personas de ambos sexos, dominicanos y extranjeros, de diferentes clases sociales, orientación sexual, etnia/raza, y grupo de edad. Otra tercera parte de los datos fue extraída de memorias autobiográficas y validadas a través de grupos informales de discusión con hombres y mujeres. El último tercio, principalmente de las primeras siete décadas del siglo pasado, fue obtenido de un amplio estudio lingüístico del vocabulario dominicano (Rodríguez-Demorizi, 1983). Se han realizado validaciones iniciales internacionales y nacionales de la tipología con los investigadores de la Red, científicos sociales dominicanos, y grupos de estudiantes en el país.

RESULTADOS

Las cinco principales categorías inductivas de masculinidades que propongo para análisis, basadas primariamente en la orientación sexual, y en gran parte en la clase social y la edad, son: 1) la hegemónica heterosexual, 2) la subordinada heterosexual, 3) la subordinada bisexual, 4) la marginal homosexual, y 5) la residual, compuesta por diversas formas de las mujeres virilizadas.

1. Hombres Hegemónicos

Denomino “hegemónicos” a hombres presumiblemente heterosexuales absolutos, siguiendo a Connell (1995, 1997). Gramsci (1971) entendía la hegemonía como una dinámica cultural mediante la cual un grupo demanda y sostiene una posición de liderazgo en la vida social. Los varones hegemónicos deben producir y reproducir como un ritual el juego patriarcal de poder de las masculinidades. Como símbolo, los hombres hegemónicos constituyen la medida contra la cual todos los hombres se compararán. Ellos tienen que definir, “patrullar” y preservar las fronteras de la “normalidad” patriarcal. Es esa la razón por la cual los hombres en nuestro país, probablemente desde tiempos inmemoriales, tienen que ser “exactamente lo opuesto” a las mujeres. Ellos tienen que cumplir las reglas de la sana y probada paternidad “genéricamente balanceada,” es decir, teniendo niños de ambos sexos, y deben mostrar que ellos no son menos masculinos que cualquier otro hombre en su misma posición social.

Ejemplos claves de esta categoría en la cultura de la casa son: el hombre serio, el hombre de palabra, el hombre de pelo en pecho, el hombre público, y el político. Más recientemente, el cacique, el ejecutivo y el empresario. Ejemplos equivalentes en la cultura de la calle son: el macho proba’o, el tiguere-gallo, el barraco o verraco, el pato macho, el machazo, macharrán o supermacho, y el braga’o. Más recientemente, el vive-lejos, el singuista, el machomén o machómetro. Otras etiquetas usadas en nuestra cultura, relacionadas con la virilidad y la potencia, son: el toro, el bilíguer, el bichán. Algunos nombres recientes son: mayimbe, caballo, bacano, pachá, y matatán.

2. Hombres Heterosexuales Subordinados

Los Hombres Heterosexuales Subordinados, de acuerdo con el número de etiquetas encontradas, parecen constituir la mayoría de los varones. Estos han sido subclasificados como: 1) hombres incompletos, 2) hombres en apariencia, 3) hombres dudosos, y 4) supervivientes y fracasados.

2.1 Hombres Incompletos: Ejemplos válidos para ambas culturas son: el hombre soltero o “jamón”, el hombre casado sin hijos, y el hombre que “sólo da hijas” (chancletas).

2.2 Hombres en Apariencia: Ejemplos son: el casero, el faldero, y el embatola’o. Esta

subcategoría incluye: 1) los hombres pasivos; 2) los hombres débiles o de poco carácter; 3) los hombres “insignificantes”; 4) los hombres pequeños; y 5) los hombres víctimas de infidelidad. Los primeros cuatro grupos parecen ser más enfatizados en la cultura de la casa por su relación con la falta de poder.

2.2.1 Hombres pasivos: Pariguayo, manilo, mamita, mamao, bolsa, bolsón, tipito, m'hijo y mi'jijo. También pendejo y sus variantes, gallina, gallo pelón, ñoño, guanajo, beato, y santo.

2.2.2 Hombres de poco carácter: Hombrecito, medio hombre, pelele, mequetrefe, ñeñeñé, flin-flin, menea'o, de'telenga'o, flojo, blandito, bobalicón, acoña'o, tembleque, suave, poquito, toto, totico, pupú, mojón y buena mierda.

2.2.3 Hombres insignificantes: Pelagato, don nadie, infeliz, carajo, carajo a la vela, bocón, buchipluma, allantoso, figurero, fantoche, payaso, boque-burro, loco viejo, pobre diablo.

2.2.4 Hombres pequeños: Enano, tapón, pineo.

2.2.5 Víctimas de infidelidad: Principalmente en la cultura de la calle, las etiquetas son: cuernú y venao.

2.3 Hombres Sospechosos: Las razones principales para ser considerados bajo sospecha de no ser un hombre de verdad son: 1) ser delicado, bien parecido, o físicamente atractivo como una mujer; 2) ser dependiente de la madre o la esposa; y 3) ser un *gigoló* (i.e., vivir de las mujeres).

2.3.1 Hombres delicados y atractivos. En la cultura de la casa, los tipos delicados son: príncipe, caballero, caballérisimo, dama, señorito de su casa, pichirilo, cura, y sacristán. Los atractivos son: gallo, pollo, pepillo y pepillito, lindo, lindón, lindoro, buenmozo, priti, belleza, muñeco, carita de niño, carita lavada, osito y peluche. Estos términos se refieren a ausencia de poder. En la cultura de la calle encontramos al chopero, el cuero macho, el hembro, el nalgú, el bololo o gustavito, y el paganini. Como esperábamos, estos términos se relacionan con el sexo y la potencia sexual.

2.3.2 Hombres dependientes. Arrima'o, manganzón, tajalán, zángano, gevito, tineyer, muchacho, muchachito, y muchachón, carajito, monaguillo, y pajuilito. Etiquetas más peyorativas son: piojo, mime, porquería y pedazo de gente. En áreas rurales se usa el término niño de oro. En la cultura de la calle encontramos: vaca muerta.

2.3.3 Gigoloes. Los hombres que viven a costa de mujeres son llamados chulos, pero esto significa cosas diferentes en ambas culturas. En la cultura de la casa, el chulo es un hombre mantenido por una mujer (dimensión de poder), y es llamado también “rubirosa,” tíguere bimbín, *dandy*, prostituto, o stripper. En la cultura de la calle es llamado chulo, papi, papichulo, papi-de-nylon, control, y singa-fia'o.

2.4 Supervivientes y Fracasados. Hombres tratados como parias, intocables, o no-personas. Las etiquetas usadas para los supervivientes en la cultura de la casa son: tíguere-tíguere, verdugo, come-hoyo, bárbaro, barbarazo, perro, tranca, trinquete; liebre, lince, crápula, plebe, lumpen, y últimamente, talibán. Las etiquetas usadas para los perdedores son: pata por suelo, salta p'atrás, pate-puerco, jocico'e'puerco, boque-burro, hijo de Machepa, limpia-saco, lambe-ojo, tumba-polvo y lambón. También seboruco, ñame con corbata, sarataco, tarugo, desbarata'o, pitifui o pitifuiche, fundillo vacío y viralata. Lambe-plato, lambe-trago y muerto de hambre, pulgón, plaga, ladilla, sanguijuela, vomitivo, tiesto, sorullo y chopo. Etiquetas usadas para los supervivientes en la cultura de la calle son: culebro, labioso, muelú, bregador, jodedor, joseador, busca-vida, turpén, brigán, levente, y truchimán. Mangrino y palomo (ver De Moya, 1989) son aplicados a personas destituidas que trabajan o viven en las calles, o que no tienen domicilio. El buzo es un hombre que recoge y separa la basura de los zafacones de los hogares, y usualmente vive en un vertedero. Mal nació y mal parío es alguien que está “vivo de milagro.”

3. Masculinidades Subordinadas Bisexuales

La aparente atracción hacia parejas sexuales de ambos sexos, y su presunto interés en “subordinar” o “ser subordinado” por otro hombre a través de la penetración

oral y/o anal, parece ser entendida socialmente como una prueba del grado de masculinidad de los interactuantes. Esta concepción parece estar centrada en la forma en que un varón usa su ano más que en cómo usa sus genitales, ya que sólo el hombre que es receptivo analmente por opción “pierde” sus atributos masculinos (De Moya & García, 1996, 1999).

En la cultura de la casa, las etiquetas usadas son: bisexual, ambidiestro, redondo, y medio pájaro. En la cultura de la calle encontramos varias versiones de masculinidades bisexuales, asociadas fuertemente al trabajo sexual, a la astucia, y al tigueraje. Estas son: el hombre normal o macho, el heliogábalo o tíguere-rapa-tíguere, el bugato o bugarrón, y sus versiones diminutiva y superlativa; el sanky-panky y sus variantes (sanky-sanky, sanky, sanky chipi-chipi, y el polipanky) (ver De Moya, García, Fadul & Herold, 1992).

4. Masculinidades Marginales Homosexuales

El estigma contra la homosexualidad masculina resulta parcialmente de la percepción de este rol como femenino, débil, y carente de poder. Tanto en las culturas de la casa y de la calle, se usan frecuentemente las palabras pájaro, maricón y cundango, entre otros; también virao y volteao, manfloro, maca-grano, maricón de orilla, y pingüino. Otras etiquetas usadas son casi exclusivas de la cultura de la casa: mujercita, afeminado, afectado, amanerado o partido, mariconazo.

En la cultura de la calle, el término “nuevo” identifica principalmente a los hombres homosexuales extranjeros. Otros nombres usados dentro de la comunidad homosexual son: loca, maricona, y lonfa. Entre otras etiquetas reservadas para preadolescentes y adolescentes gays están: loquita, pajarito, mariquita y mariconcito. El maipiolo es usualmente un hombre homosexual de mediana edad, que recibe la tarea de ser el confidente de trabajadoras sexuales en un burdel, y el intermediario entre ellas y los clientes.

En ocasiones, las madres o las abuelas crían a niños varones como hembras sociales, probablemente para asegurar su lealtad en la tercera edad. A menudo las abuelas reciben estos varones para acompañarlas y recibir una socialización ejemplar, es decir, ser criados como señoritos de su casa (De Moya & García, 1996). Probablemente ellos nunca se casen, no tengan descendencia, y si lo hacen, su lealtad principal será para con la figura materna. Esto parece ser la

continuación de la llamada tradición bardaje o persona de dos espíritus (Midnight Sun, 1988).

Travesti es el término usado para estos modernos bardajes urbanos, presentes en el mundo del espectáculo artístico, en la industria del sexo, y en la vida nocturna de las dos ciudades más grandes del país. En la cultura de la casa se usa la palabra: vestida para los travestis. En la cultura de la calle se usan los términos: pájara mala, maldita, perra, puerca, y venenosa, como un reconocimiento o como un insulto. Un caso especial de bardaje es el *masissí calembé* en los bateyes, un varón criado y tratado como la mujer social “más cara” en su comunidad.

Una última etiqueta encontrada en la cultura de la calle es: cambiada u operada, que se aplica a hombres transgenéricos, que dicen sentirse como “mujeres atrapadas en cuerpos de hombres”. La mayor parte de los transgéneros dominicanos se inyectan silicona en pechos y caderas para lucir más femeninos, pero en raras ocasiones se extirpan el pene, como una manera de disfrutar del legado fálico patriarcal.

5. Masculinidades Residuales

La categoría final incluye el estereotipo de las llamadas viragos, mujeres virilizadas, o Amazonas. Estas mujeres a menudo desarrollan actitudes y características secundarias masculinas, tales como ser ruidosas, tener fuerza muscular, bigote y abundante pelo en el pecho y los brazos. La mayor parte de las mujeres dominicanas en esta situación tienden a reaccionar con vergüenza, a menudo depilándose o decolorando el vello facial o de los brazos. Unas pocas, no obstante, cultivan estos rasgos, ya que algunos de ellos parecen ser investidos culturalmente de sensualidad. Me parece legítimo incluir esta categoría dentro de las masculinidades, en la medida que los hombres a menudo reaccionan a estas mujeres y las etiquetan como si fueran hombres sociales con los cuales tuvieran que competir, como veremos más adelante.

En ambas culturas encontramos etiquetas muy peyorativas usadas contra estas mujeres. En la cultura de la casa, por ejemplo, están: hombruna, marimacho, machómetra, amachada, tortillera, cachapera y lesbiana. En la cultura de la calle: machorra, maricona, y bugarrona.

LA DINÁMICA DE LA HEGEMONÍA

Comenzar a desenredar la madeja de las posibles relaciones de hombres que reciben una o más etiquetas específicas, con otros “hombres” (o mujeres) que “portan” etiquetas similares o diferentes, considerados como más, igual, o menos masculinos que ellos, sigue siendo un punto importante de nuestra agenda de investigación.

Un caso ilustrativo de la interacción de una de estas mujeres con hombres hegemónicos y subordinados, así como con mujeres, fue hallado en varios encuentros sociales:

Brunilda era una aguerrida enfermera española trotamundos de unos 45 años de edad, que visitaba la ciudad de Santo Domingo por primera vez. Ella era heterosexual pero había sido virilizada, supuestamente por medicamentos. Como persona mediterránea, usualmente vestía una túnica blanca, semitransparente, y le encantaba estar en la calle. Ella exhibía una larga y llamativa barba tipo chiva, se afeitaba la cabeza, y constantemente demandaba que se respetaran sus derechos humanos. A menudo ella era ruidosa (no tenía pelos en la lengua), y adoraba recitar poemas irreverentes (anticlericales, antivirginales, y proanales) aprendidos cuando niña en escuelas de religiosas católicas en España. Frecuentemente orinaba de pie en la calle como los hombres hacen a menudo en nuestro país. La mayoría de los hombres (usualmente heterosexuales hegemónicos y subordinados) mostraban mucha curiosidad y eran rápidamente atraídos por ella. No obstante, ambos tipos de hombres prontamente chocaban con ella violentamente en la conversación, en una competencia orientada a demostrar quién de los dos era más hombre, a menudo al punto de estallar en una pelea a puñetazos. Las mujeres usualmente le temían y huían de ella debido a sus modales caballerosos, su impresionante cortesía, y su engañosa seductividad, percibiéndola como una posible lesbiana.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

En la cultura dominicana, las identidades masculinas son frágiles, ya que dependen tanto de la conducta del varón individual como de la de los demás hacia él y “su/s” mujer/es. Las amenazas simbólicas de emasculación recíproca son un juego de poder recursivo

y generalizado en nuestra sociedad. En ese sentido, la proposición de que los hombres frecuentemente se comparan entre sí en términos de su masculinidad aparente, parece apoyar las nociones de Habermas (1976) y Krohn-Hansen (1996) en torno a la identidad masculina como una parte importante de la “problemática de legitimación” para la vida política y social en la República Dominicana.

En segundo lugar, la proposición de que las culturas de la casa y de la calle privilegian diferencialmente la hombría y el poder, por un lado, y la virilidad o potencia sexual, por el otro, y en consecuencia construyen léxicos diferentes para referirse a tipos de hombres, parece estar respaldada por los datos encontrados en este estudio. Esto apoya la noción de diferentes culturas asociadas con la clase social en el Caribe.

Igualmente, la profusión de etiquetas casi siempre estigmatizantes para supuestas formas de ser de los hombres, brinda soporte a la proposición de que los hombres se organizan jerárquicamente sobre la base de esas comparaciones sociales. Las diferentes categorías y subcategorías de masculinidades identificadas en este estudio, aunque tentativas, parecen tener valor heurístico para la investigación del tema del género en nuestra sociedad. La taxonomía propuesta, por supuesto, debe ser sometida a escrutinio y validada por muestras representativas de actores de ambos sexos, edades, clases sociales, orientaciones sexuales y nacionalidades diferentes.

El próximo paso tras la validación de estas observaciones, debería ser el análisis comparativo de la auto-percepción de personas en cada una de las categorías, subcategorías y etiquetas de masculinidad, y su interacción con otros en agrupaciones similares y diferentes.

En conclusión, aunque la masculinidad continúa siendo hegemónica entre nosotros, los discursos que tradicionalmente la han validado parecen estar en crisis. Tras este largo viaje de descubrimiento, creo que, de una forma u otra, la polaridad masculina-femenino parece ser paradójicamente resistente a la disolución. Esto podría ser verdadero en la medida que, consciente o inconscientemente, parezcamos contribuir a mantener vivo el fantasma del Patriarca en nuestras mentes, aún cuando lo cuestionemos e intentemos desconstruirlo.

REFERENCIAS

- Caroit, J. M. (1996). "El Venao" ou le merengue qui tue. *Le Monde*, 20 mai.
- Collado, L. (1992). *El Tigueré Dominicano*. Santo Domingo: Editora Panamericana.
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Connell, R. W. (1997). La organización social de la masculinidad. In T. Valdés & J. Olavarría (eds.). *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No 24, Isis Internacional/FLACSO.
- Damirón, R. (1948). 'El Tigre.' In R. Damirón (ed.). *De Soslayo*. Ciudad Trujillo: Luis Sánchez Andújar.
- De Moya, E. A. & García, R. (1996). AIDS and the enigma of bisexuality in the Dominican Republic. In P. Aggleton (ed.). *Bisexualities and AIDS. International Perspectives*. London: Taylor & Francis.
- De Moya, E. A. & García, R. (1999). Three decades of male sex work in Santo Domingo. In P. Aggleton (ed.). *Men who sell sex. International perspectives on male prostitution and HIV/AIDS*. London: Taylor & Francis.
- De Moya, E. A. (1989). La Alfombra de Guazábara o el Reino de los Desterrados. *I Congreso Dominicano sobre Menores en Circunstancias Especialmente Difíciles*. Santo Domingo.
- De Moya, E. A.; García, R.; Fadul, C.; & Herold, E. (1992). 'Sosúa Sanky-Pankies and Female Sex Workers.' Santo Domingo: Instituto de Sexualidad Humana, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Gramsci, A. 1929-35. [1971]. *Selections from Prison Notes*. New York: International.
- Habermas, J. (1976). *Legitimation Crisis*. London: Heinemann.
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. In T. Valdés & J. Olavarría (eds.). *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No 24, Isis Internacional/FLACSO.
- Kimmel, M. S. (1993). Masculinity as Homophobia. In H. Brod & M. Kaufman (eds.). *Cracking the Armour: Power, Pain and the Lives of Men*. Toronto: Viking Canada.
- Kimmel, M. S. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. In T. Valdés & J. Olavarría (eds.). *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No 24, Isis Internacional/FLACSO.
- Krohn-Hansen, C. (1996). Masculinity and the Political among Dominicans: "The Dominican Tigre". In M. Malkaus & K. A. Stolen (eds.). *Machos, Mistresses, and Madonnas: Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*. London: Verso Books.
- Laclau, E. (1993). Power and representation. In M. Poster (ed.). *Politics, Theory and Contemporary Culture*. New York: Columbia University Press.
- Midnight Sun (1988). Sex/gender roles in native North America. In W. Roscow (ed.). *Living the Spirit*. New York: St Martin's Press.
- Rich, A. (1993). Compulsory heterosexuality and lesbians existence. In H. Abelove, M. A. Barale and D. Halperin (eds.). *The Lesbian and Gay Studies Reader*. New York: Rutledge.
- Rodríguez-Demorizi, E. (1983). *Del Vocabulario Dominicano*. Santo Domingo: Editora Taller.
- Wilson, P. J. (1969). Reputation and Respectability: A Suggestion for Caribbean Ethnology. *Man* 4:70-84.